



Diana M. Guerrero Lozoya Blanco²

Albert estaba cansado de manejar. Habíamos recorrido kilómetros sin una mínima señal de existencia de otra cosa que no fueran montañas blancas. Intentábamos encontrar la aldea a donde, se suponía, debíamos haber llegado una semana antes de ese día. Pero las tormentas de nieve, la neblina constante y el estado del automóvil prehistórico que nos había proporcionado el Instituto habían logrado retrasarnos ya de manera absurda. La constante temperatura de impensables grados bajo cero parecía ser el estado natural del mundo. Dormíamos a intervalos porque nunca sabíamos la hora con exactitud. Yo no podía manejar, me era básicamente imposible con la niebla y el volante del lado derecho. Albert era británico como nuestro automóvil. Tan blanco, azul y rojo como la bandera de su país. Amable y educado, cuando sonreía torcía los labios haciendo el mismo gesto que cuando se preparaba a dar un sorbo a su taza de té. "Tomar el té es lo que me mantiene humano", dijo la tercera noche que pasamos perdidos en aquella inmensidad de nada. O quizá esto fue casi al final de la historia y después de todo lo que pasó no sé muy bien si aquí es el inicio.

Nuestros teléfonos móviles habían perdido señal y batería días atrás, y la esperanza estaba tan flaca como nuestros estómagos. También los víveres estaban perdiendo densidad. Tomé el mapa con las manos congeladas y reseca. Un poco histérica también, después de caer en cuenta que si no dábamos pronto con la aldea podíamos morir en aquel lugar, si a donde estábamos se le podía llamar "lugar", sin nadie que nos encontrara por incluso meses. "Al menos estaremos congelados y bien conservados" pensé. Luego me reí escandalosamente logrando asustar a Albert al punto de la preocupación, luego al del enojo y hasta llegar al de la risa descontrolada él mismo junto conmigo. Nos detuvimos para respirar y tranquilizarnos. Albert soltó uno de esos gemidos que más bien son bramidos de toro gigante. O gritos de guerreros vikingos. Él dijo que fue un suspiro, pero yo todavía lo dudo.

Revisé el mapa como hacía cada veinte minutos, pero al igual que cada vez que lo revisaba, no encontraba nada útil. Si lo había, yo estaba perdiendo ya la capacidad de entendimiento de un mapa. La idea de perder la cordura o, por lo menos, alguna habilidad importante me aterró. ¿Cuánto tiempo realmente teníamos ya manejando dirigiéndonos hacia ninguna parte? ¿En verdad era una semana? ¿Ese día era jueves, como decía el calendario? No quería desfigurarme en llanto porque en ese momento estaría verdaderamente perdida y, creía yo, Albert junto conmigo. Lo veía empuñando por la ansiedad, su musculatura y tamaño de

² Tratto da *Casi toda historia*, cortesemente messa a disposizione da La Cleta Cartonera <https://issuu.com/lacletacartonera>



un hombre de dos metros de altura reducidos a un nudo de nervios al volante. Eso veía yo. Seguramente él se sentía diferente, no dejaba de sonreír a ratos. Quizá solo me veía a mí misma.

Por lo menos aquella vereda todavía aparentaba ser un camino, una carretera. Pero nada nos aseguraba que la distancia inmediata no nos fuera a ofrecer un abismo entre las montañas.

Nos detuvimos de nuevo. Albert necesitaba estirarse y beber algo. Yo me sentía entumida de cualquier manera, pero el pequeño ritual que llevábamos a cabo en la preparación del té era una manera de mantener el control de algo todavía. Aún teníamos un bote medio lleno de gasolina de los cinco que llevábamos de repuesto y la usábamos para encender papeles o lo que pudiéramos para calentar el agua. Aunque casi nunca era mucho, nos tibiaba las vísceras y de cualquier manera no podíamos pedir más. Decidí hablar del tema, lo habíamos estado evadiendo durante todo ese tiempo.

—Vamos a morir aquí, Vikingo.

—No, Silvye. Que se nos muera hasta la esperanza, como parece que ha sucedido contigo, pero nosotros no.

—¿En serio crees que vamos a encontrar algo, que vamos a dar con la aldea? Llevamos días perdidos. Días cortísimos que parecen años, Albert. Es una locura.

—Sí, lo sé. Deja de hablar así.

—Si no damos pronto con la cabaña de algún ermitaño, por lo menos, voy a dejar de hablar así y de cualquier otra manera que se te ocurra. Los muertos no hablan. Las noches me aterran. No soporto que cada vez haya menos horas de luz. Además esto es Japón, si se puede decir que seguimos en el mismo país. Es la primera vez que cualquiera de los dos viene a trabajar acá. Debimos prever que nos perderíamos.

—¿Y por qué viniste entonces?

—¡Porque soy investig—! Albert me interrumpió.

—Ya lo sé. Lo has dicho todo el camino. Calma, tenemos aún las luces del automóvil que podemos encender a ratos.

—¿Y la gas—? Ya, está bien. Sé que sabes de lo que hablo. Todo lo sabes. Además el té ya se me está congelando.

—Bébetelo. Podemos desperdiciar todo, menos un té negro que contrasta con toda esta blancura de miedo.

—¿Ves? Sí tienes miedo.

—Sí, pero mido casi dos metros y medio, mujer, nada más me falta un cuerno gigante o una trompa y seré un... Dame ese mapa.

Albert creía que el mapa aún nos daría una noción de dónde estábamos. Creía de verdad que seguíamos avanzando sobre una de las confusas e intrincadas líneas que infestaban ese muy mellado papel y lo volvían algo más parecido a la representación gráfica de una sinapsis



que a cualquier otra cosa. Resultó que lo que el Vikingo creía no estaba tan fuera de la realidad. Dijo de pronto con ese tono de "eureka" que gente como nosotros nos vemos obligados a escuchar, creo ya por la mera comedia.

—¡Aquí! Mira, revisa ese nombre. ¿No es la aldea que buscamos? Si estoy calculando bien, cosa de la que no estoy seguro en lo absoluto, estamos a pocos kilómetros. Me estoy guiando por la montaña en forma de W. ¿Puedes caminar, Silvye? En caso de que el auto nos deje varados.

Yo no sabía si podía caminar. Pero era cierto, ese nombre era (o parecía ser) el del lugar al que nos dirigíamos ya sin dirigirnos, más perdidos que "en camino". Le contesté que sí. Yo ya no tenía respuestas. O peor: no tenía preguntas. Yo era solamente una química que tomaba muestras y consideraba que el mundo entero cabía en su laboratorio. O mejor aún: en el microscopio. No sabía estar ahí, me sentía mareada y enferma de la nada interminable de esas montañas canosas y milenarias. Albert, con toda su rudísima finura, dijo:

—Y si no puedes caminar, yo te cargo.

Reí. Todavía tenía fuerzas para eso.

Avanzamos unas horas más. Vaciamos el último bote de combustible. El automóvil murió. Cargamos como pudimos lo que consideramos indispensable y comenzamos a caminar. Al poco rato dimos con un montón de árboles que formaban una especie de pared. Pinos y otros arbustos que sobreviven esas temperaturas. Ni el Vikingo ni yo recordábamos haber visto un bosque en el mapa.

—Quédate aquí. Veré si es muy denso. No vamos a regresar. O lo atravesamos o lo rodeamos.

Lo vi partir y regresar en pocos minutos. Salió de entre aquel verdor con una sonrisa que yo continuaba encontrando inexplicable y casi vociferó:

—¡Es solamente una línea de árboles! No es bosque, es algún tipo de muralla. Ven.

Efectivamente no era otra cosa más que una línea divisoria. Al momento de cruzarla vimos —no estoy segura si a lo lejos o demasiado cerca— cabañas, nubes que eran humo que salía de las chimeneas, un lago que, aunque pequeño y congelado, era vida.

Desperté entre vapor y olor a lentejas. Albert estaba sentado junto a mí, preocupado. Lucía más vikingo que nunca.

—No es la aldea correcta, estamos en otra. Has dormido cinco días consecutivos. No hay manera de salir de aquí, Silvye, no sobreviviríamos las ventiscas que arrecian casi diariamente. Tendremos que esperar a que el clima nos sea favorable.

Yo solamente escuché: "Estamos más perdidos que antes, aunque ahora podemos comer lentejas".

Pasaron días que crecieron y llegaron a ser tres meses robustos y fuertes, pero gordos de ansiedad. Tanta paz entre tanto frío me mantenía nerviosa, a punto de colapsar. Esa noche



habríamos de celebrar con el resto de la gente del pueblo otra de sus tantas fiestas conmemorativas con algún sentido espiritual que Albert y yo apenas entendíamos. "Nada justifica una grosería. Ni siquiera el no entender que se está profesando una" decía Hiroto, que era quien nos acogía en su cabaña. Lo dijo la primera vez que nos negamos a asistir a una celebración y terminamos sentados en medio de la mesa principal.

Antes del viaje yo me había ocupado en estudiar las tradiciones y las variaciones del idioma del lugar al que íbamos, pero esta aldea era una cosa diferente en su totalidad. Su dialecto y costumbres nos eran incomprensibles las más de las veces. El Vikingo y yo pasábamos la mayor parte del tiempo separados. No nos era permitido vernos durante varias horas del día. Nunca aprendí los horarios, cambiaban constantemente. Por la noche me contaba ensimismado lo poco que podía hacerme saber sobre sus actividades y yo hacía lo mismo, sin un destello de emoción. Hiroto nos vigilaba sin siquiera voltear a vernos, como una madre. Y aunque habíamos desarrollado un lenguaje secreto entre nosotros, casi de inmediato nos dimos cuenta que ya no era secreto para nadie y dejó de funcionarnos muy pronto. Éramos refugiados y esclavos al mismo tiempo. Muchas veces Albert parecía sentirse cómodo, como si hubiera esperado por años esa tranquilidad inquietante que nos rodeaba. Luego, de vez en vez, lo veía revisando aquel mapa en busca de salidas inexistentes. El clima era un ser vivo como acabado de nacer. Chillaba con el viento, berreaba en granizo. Ninguno de los dos había expresado lo que a mí me quería explotar en el pecho: Quizá no morimos en las montañas, pero moriríamos ahí. Tiempo antes, yo había notado a una mujer muda llamada Eita, que se limitaba a hacer lo que se le ordenaba, rara vez levantaba la mirada y más bien la mantenía dirigida hacia su cabaña, que se encontraba lejos de las demás, como Eita misma. No era criada de nadie, sus cosas le pertenecían y yo estaba ya segura de que vivía con alguien más. Todos los días se llevaba parte de la comida que preparábamos y todas estaban de acuerdo con ello. Nunca ponía atención a lo que se hablaba entre las demás y ninguna de ellas se oponía a su aislamiento. Labraba su tierra como escotando terrones de azúcar blanquísima, durante los días en los que no caía la nieve pero tampoco se derretía, y nos proveía de verduras pequeñas que se daban en sus plantíos. Escuché varias veces el nombre de "Daika" cuando hablaban —de manera reservada y corta— sobre Eita. Y justo después de pronunciarlo hacían una plegaria en contra de los demonios que alguna vez llegaron y se quedaron" me explicó Mikina, una de las chicas más jóvenes. Daika, pensaba yo, debía ser la persona a la que Eita le llevaba la comida al final del día.

Esa noche de fiesta era especial: con nuestras manos reseca y rasgadas como prueba del viento gélido, habíamos preparado carne de venado en señal de agradecimiento. El sol se nos mostró durante toda la mañana. Al final del atardecer, el Vikingo y yo nos vestimos como nos lo ordenó Hiroto. Recorrimos dos pequeñas calles hacia la plaza, en completo silencio.



Albert caminaba a mi lado y noté sus sienes pulsantes. Cada día hablábamos menos. Los copos de nieve que caían también justificaban nuestros labios cerrados.

Al acercarnos oímos un alboroto anormal para una aldea tan silenciosa como sus montañas. Algunas de las mujeres gritaban palabras que nunca habíamos escuchado, otras se jalaban el cabello, una de ellas se lo cortaba a pedazos con el cuchillo para partir las tartas. Corrimos como si nos persiguieran hasta el centro de la plaza donde estaba Hinata, un hombre a quien era difícil adivinarle la edad hasta que abría la boca carente de dientes. Estaba ofuscado, incluso parecía en algún estado primitivo de dolor.

—¿Qué pasa, Hinata? —jadeó Albert— ¿Qué ha sucedido?

Hinata sólo atinó a apuntar con su dedo a una niña pequeña, no más de diez años de edad, que corría descontrolada y desorientada por toda la plaza. Se tropezaba y chillaba. La gente a su alrededor intentaba atraparla, otros le lanzaban objetos o agua y las mujeres que no se habían desmayado cantaban la plegaria contra los demonios hacinados. La noche ya estaba sobre y dentro de nosotros, y la luz de los candiles que colgaban sobre las mesas llenas de comida estaba a punto de ser consumida por el viento y la tormenta que comenzaba a arreciar. Alcancé a ver a Eita hincada, con sus manos sobre el terreno cubierto de hielo y la boca abierta como sin posibilidad de volver a cerrarla jamás.

—¡Escapó, escapó de Eita, es hija de Eita, Daika niña-demonio, niña-muerte, Daika-sin-alma, haz algo Albert, captúrala, eres fuerte, grande!—, lloraba Hiroto, rasguñándose los lóbulos de las orejas. Oímos un grito y vimos a Daika tirada en el suelo. Su sangre teñía la nieve y Eita no hacía otra cosa más que mirar a su hija ser atacada y herida. Uno de los hombres se abalanzaba iracundo sobre ella para patearla.

En pánico, cogí del brazo a Albert, lo jalé, y más que correr dimos saltos para llegar lo antes posible hasta la niña. El Vikingo llegó antes que yo pero Daika ya estaba de pie, tambaleándose. La tomó de los hombros y la volteó hacia sí para cargarla pero cuando lo hizo, el rostro que nos miraba con furia y desconcierto era el de un anciano consumido por el tiempo. Ambos nos detuvimos, si es que aún seguíamos moviéndonos, y yo me llevé una mano a la boca para detener el vértigo que se me quería salir del cuerpo. Estaba a unos pocos metros y vi que Albert no la había soltada. Lograba ver el frente de Daika en su totalidad. No supimos reaccionar y al cabo de unos segundos, una transformación grotesca hirió el rostro de la niña-anciano: retorciéndose y jalándose la ropa como para escapar de ella, dolorosamente le creció un pico, vertiendo sangre le salieron plumas y los ojos perdieron todo contraste para convertirse en dos iris completamente negros y sin expresión. Un cuervo. El pequeño rostro de Daika se dolía al convertirse en uno de cuervo.

De pronto, en la plaza estábamos solamente nosotros tres. Todos los demás se escondieron lo más que pudieron alejarse sin perdernos de vista. Hiroto gritaba algo desde una de las cabañas, mientras Daika padecía sus siguientes rostros: un coyote, luego una lechuza. Su



respiración cambiaba al ritmo de su cara y era estridente. "¡Si no muere, nunca tendremos paz, es un demonio, niña-sin-luz!", gemía alguien más a quien apenas alcanzaba a escuchar. Dos hombres se habían llevado a Eita, no la vi más. El Vikingo podía detener a Daika pero los movimientos y ropa mojada de ésta hacían que las manos de aquél resbalaran y le fuera imposible controlarla. Meforcé a pensar, a actuar. Corrí hacia ellos y la expresión de Albert me provocó más miedo que la de Daika. Volteó, pasivo y agrio, y dijo: "No puedo sostenerla más. Parece no tener huesos y no lo soporto. Ayúdame a capturarla". Cuando la soltó, Daika huyó desesperada hacia cualquier dirección. El Vikingo comenzó a perseguirla y yo segundos después de él. El frío me cortaba las mejillas mientras ardía por dentro. Sentía que estaba haciendo algo que no quería hacer pero nunca tuve tiempo de saberlo con certeza. Me esforzaba por mantenerle el paso a Albert, pero aquél era un gigante. Me di cuenta, entre mi respiración forzada, el pánico y el cansancio, que nos dirigíamos al lago congelado. ¿Por qué ahí, qué lograríamos? No terminé de pensar cuando algo golpeó mi estómago abruptamente: era el brazo del Vikingo. "Detente Silvye, ya llegamos". Daika había dejado de correr y ahora daba vueltas histéricamente presa de un dolor inmenso, mientras sucedía otra de sus transformaciones. Yo lloraba e hiperventilaba al mismo tiempo. Daika estaba sobre el lago.

Una vena corre bajo la piel a manera de grieta. Una grieta corre bajo agua congelada a manera de vena que revienta la piel que la contiene. Y una de esas grietas había seguido rápidamente los pies de Daika antes de que yo entendiera lo que pasaba. Cuando me di cuenta, la vena había reventado ya la piel del lago y Daika caía en medio de un hoyo oscuro que la tragó hambriento. Grité su nombre varias veces. Resbalé. Me levanté, golpeé mis muslos y me obligué a correr pero los brazos de un gigante me detuvieron. Albert me tapó la boca con una mano y con su otro brazo envolvió mi tronco entero. Yo era un pez atrapado en una red echada en un mar glacial. La boca grotesca abierta a mitad del lago se cerró con Daika dentro. Mis ojos también.

No sé si han pasado meses o años. Lo que sé es que ahora mismo Hiroto llama a la cena. Albert pescó durante el día.

Voy a morir aquí.